

los ingleses, por cuestión del idioma, por ser los ingleses tales como los he descrito á Vuestra Majestad en muchas de mis cartas, aborrecedores de los extranjeros, de los que no están acostumbrados á ver tan gran número. Se presenta el punto de la religión que hace peores á los herejes; los franceses no están ociosos.» Y realmente, cada día era mayor el desacuerdo entre el nuevo rey y sus súbditos, lo cual se debía principalmente á que Felipe se consagraba por entero y torpemente á la restauración del catolicismo en Inglaterra.

Los agentes del rey de Francia habían hecho todos los esfuerzos imaginables para impedir el matrimonio y para debilitar el gobierno de María Tudor, y en febrero de 1554 habían suscitado una insurrección que se estimó bastante temible para que se hablase de que la reina se refugiara en Calais. Esta insurrección fué reprimida, pero la situación se mantuvo revuelta, amenazando á cada instante un rompimiento con Francia, que, sin embargo, no había de producirse hasta 1556.

Carlos, en tanto, hacía supremos esfuerzos para pacificar la Alemania: «Cuanto más pienso en los disturbios de la Germania, escribía en junio de 1554, tanto menos veo que haya otro medio para asegurar reposo ó para moderar dichos disturbios ó para evitar que la confusión venga de mal en peor, que el de convocar una dieta y asamblea universal de los Estados.» Pero la dieta que había convocado en Augsburgo veía-se retardada sin cesar por la mala voluntad de los alemanes; anunciada al fin para el año 1554, no se abrió hasta el 5 de febrero de 1555. El emperador, enfermo y ocupado en los asuntos de Francia, hubo de abandonar los Países Bajos y delegó sus poderes en su hermano, suplicándole que no sacrificara los intereses de la religión, sin por ello dejar de esforzarse en «restablecer la concordia,» ideal más difícil que nunca de realizar en aquel entonces. Después de las deliberaciones que duraron desde principios de abril hasta fines de septiembre, en medio de discusiones muy vivas y bajo la continua amenaza de un rompimiento entre los dos partidos, católico y protestante, firmóse en 3 de octubre de 1555 la paz de Augsburgo, cuyo artículo esencial era la libertad de cultos concedida á los príncipes luteranos, quedando de esta suerte consagrada la división de Alemania en dos religiones. A decir verdad, esta paz no era sino un compromiso cuyas condiciones sólo habían aceptado los contratantes con toda clase de reservas mentales. Sin embargo, era un triunfo el haber suspendido la lucha que parecía inminente á principios de 1555 y que más temores inspiraba á los católicos que á los reformados.

Por otra parte, continuaban propalándose toda suerte de rumores acerca del estado de salud del emperador, asegurándose en cartas llegadas de Alemania que estaba tan debilitado de espíritu que era preciso renunciar á comunicarle la mayor parte de los asuntos; que sólo se entretenía montando ó desmontando los relojes de que estaba lleno su aposento, y que hasta le habían dado por muerto (enero de 1555). Poco después, cuando abdicó, el papa alegó que era *impos mentis* y que por consiguiente era nula su resignación del imperio.

Montmorency continuaba siendo en la corte de Francia el representante de las ideas de paz y hablaba con-

fidencialmente «de la obstinación del dicho rey de Francia que podría causar al uno ó al otro la ruina completa,» siendo muy probable que más que á «la obstinación» del rey se refiriera á la de los Guisa. El condesable era tanto más pacífico cuanto más belicosos sus rivales. En su deseo de poner término á las hostilidades, dirigióse á María Tudor, que se había mantenido neutral y que aceptó el papel de mediadora, preparando unas conferencias que se inauguraron en Marcq, el día 25 de mayo de 1555, y en las cuales se cruzaron frases muy agrias. En 8 de junio, el emperador escribía á su hermano que los embajadores habían conferenciado varias veces, pero que los franceses no habían dejado de reproducir las «antiguas querellas.» Después de siete sesiones, se separaron los conferenciados sin haber convenido nada en definitiva.

Enrique II trató entonces de hallar nuevamente en Italia la palanca de la política y negoció con Paulo IV que, en 23 de mayo de 1555, había sucedido á Marcelo II (1). Todavía á fines de diciembre parecía tan lejano un acuerdo con el emperador, que Francisco de Guisa recibía el mando de un ejército destinado á pasar á Italia para conquistar el reino de Nápoles.

La situación del gobierno francés era difícil. Renard decía que el país estaba «desfigurado de dinero» y que el rey no podía ya conseguir de los pueblos que le facilitaran recursos pecuniarios. En el mismo momento, el emperador, más enfermo de día en día, ansiaba realizar en paz los actos tan complicados y tan delicados de la abdicación de su inmenso imperio; así es que casi repentinamente reanudó la iniciativa de las negociaciones que comenzaron en enero de 1556 en la abadía de Vaucelles. Los plenipotenciarios franceses mostráronse muy altaneros y declararon que no restituirían ninguna de las conquistas realizadas y que insistir sobre este punto sería simplemente perder el tiempo. Carlos se resignó y en dos días quedaron convenidas las condiciones de una tregua de cinco años, que se firmó en 15 de febrero y por virtud de la cual Francia conservaba sus conquistas en el Piamonte y los Tres Obispos y no renunciaba expresamente á ninguna de sus alianzas, ni á la de los otomanos, ni á la de ciertos príncipes italianos.

En 25 de octubre de 1555, Carlos V había abdicado el gobierno de los Países Bajos, en presencia de los Estados generales de las diez y siete provincias, de los miembros de los consejos, de los caballeros del Toisón de oro, de los embajadores extranjeros y de una multitud bastante numerosa; y en 16 de enero de 1556 cedió á Felipe los reinos de Aragón, de Castilla, de Sicilia y de Nápoles, conservando únicamente el título de emperador, á instancias de su hermano, que temía los disturbios en Alemania, y retirándose luego al monasterio de Yuste.

En los últimos años de su gobierno, la idea de reunir el imperio á España para Felipe, la del matrimonio de éste con la terrible María y la lucha armada contra los protestantes, demuestran que se había apoderado nuevamente de Carlos V el pensamiento quimérico del es-

(1) Julio III había muerto en 23 de marzo de 1555, y Marcelo II, elegido en 5 de abril, reinó sólo veinticinco días.

plendor de su «casa,» que sus sentimientos católicos se habían exaltado y que su alma se había endurecido.

Cuando desapareció de la escena europea, había fracasado en casi todas sus empresas, al paso que Francisco I había, en parte, salido bien de las que contra él realizara; y sin embargo de esto, la política imperial parece tan homogénea, tan lógica, como sin enlace y hasta incoherente la del rey de Francia.

Siendo Carlos V príncipe austriaco y flamenco, soberano español, emperador y católico sincero, natural era que resucitase contra Francia la cuestión de Borgoña, que luchara contra Francisco I en Italia y que combatiera á los turcos, á los príncipes alemanes, á los luteranos. Francisco I, por el contrario, siendo católico, apoya á los protestantes y se alía con los otomanos; siendo soberano absoluto, favorece las resistencias de los alemanes contra la autoridad imperial, y proclamando el principio de la independencia nacional en Francia, lo ataca en Italia.

Pero Carlos V amenazaba intereses de todas clases que el común peligro agrupaba en torno de Francisco I, y además sus concepciones fueron quizás irrealizables porque eran anticuadas y lesionaban los intereses de las naciones y de los individuos. En cambio, Francisco I resultó ser, tal vez á pesar suyo, el representante de las ideas modernas. Lo verdaderamente grande en Carlos V fueron el valor de su inteligencia y la sinceridad de su convicción; casi merecía vencer, pero su triunfo habría sido deplorable.

### CAPITULO III

#### LA GUERRA CONTRA FELIPE II (1). NUEVO EQUILIBRIO DE LAS FUERZAS

I. España y Francia. — II. Guisa en Italia. — III. San Quintín y Calais. — IV. Tratado de Cateau-Chambresis.

#### I.—España y Francia

La abdicación de Carlos V modificó asaz profundamente la respectiva situación la Francia y de la casa de Austria. Felipe II heredaba de España, las colonias de América, que entonces alcanzaban la plenitud de su expansión, las Dos Sicilias, el Milanésado, los Países Bajos y el Franco-Condado, y como esposo de María Tudor podía esperar el concurso de Inglaterra, pues la reina se hallaba unida á él por un amor muy ardiente y por el odio que ambos profesaban á la Reforma. No siendo emperador, no podía disponer de las fuerzas, por otra parte de muy mediana importancia, que Carlos V había obtenido de Alemania; pero tampoco había de contar con las inextricables dificultades en que su padre se había visto envuelto durante todo su reinado, tales como el protestantismo, las libertades germánicas y las cuestiones de Hungría.

Sostenía con su tío Fernando relaciones de inteligencia diplomática, pero Fernando sentía muy pocas simpatías por su sobrino, que había intentado arrebatarle la corona imperial.

Francia confinaba con los Estados de Felipe II por la Guena y el Langüedoc, por el Piamonte, la Borgo-

ña, la Champaña y la Picardía. Las dos potencias se combatieron sobre todo en Italia y en los Países Bajos: en Italia, prosiguió y terminó la contienda comenzada á fines del siglo xv; en los Países Bajos, la lucha podía significar la reproducción de la política de Luis XI contra la casa de Borgoña, pero las intenciones del gobierno de Enrique II fueron siempre vagas ó contradictorias.

Con Felipe II entran en escena nuevos personajes: María Tudor, Manuel Filiberto de Saboya, el papa Paulo IV y el cardenal Caraffa.

Felipe II tenía veintinueve años cuando subió al trono: se le conocía muy poco y no se adivinaba su genio terrible; únicamente se sabía que era altivo, poco abordable y aun menos penetrable; su alma era dura y sus pasiones ardientes bajo una apariencia fría. Siendo príncipe de España, habíase mostrado laborioso y aplicado, y desde muy joven había querido discutir y juzgar á su padre; y sin embargo, se parecía á él en muchas cosas, puesto que como él prefería la política á las armas, era muy reflexivo y razonaba todas las decisiones, pero no tenía su talento, ni su ponderación, ni su elevación de miras. Empezó limitándose á prolongar el reinado precedente, puesto que conservó el mismo personal y especialmente el cardenal Granvela; además, mientras vivió el emperador (es decir, hasta junio de 1558), se encontró vigilado y á veces hasta dirigido.

María Tudor era vengativa, friamente cruel y apasionada: consolidada en el trono sólo desde mediados de 1554, pronto se había abandonado al fanatismo católico más mezquino y más sanguinario, y después de haber «reconciliado á Inglaterra con la Santa Sede,» en noviembre de 1554, había emprendido la lucha contra la Reforma que en tres años envió al suplicio á más de trescientas personas notables, y á partir de 1556 se entregó por completo á la política de Felipe II.

Manuel Filiberto de Saboya, hijo de Carlos III, iba á revelarse como un hombre de guerra superior; estaba dotado de gran inteligencia y era muy resuelto en sus ambiciones, limitadas á la reconquista de la Saboya y del Piamonte, que habían sido arrebatadas á su padre (2) y que éste no había cesado de reclamar al emperador, alegando los vínculos de vasallaje que con el imperio le unían. Desairado por Carlos, que contemporizaba, y rechazado por Francia, á la que había formulado sus reivindicaciones, no contaba más que con su valor personal para recobrar aquellos territorios, no por sí solo, puesto que carecía de fuerzas propias, sino poniéndose al servicio de Felipe II y uniendo los intereses de éste á los suyos.

Paulo IV, elegido en mayo de 1555 (3), pertenecía á la familia napolitana de los Caraffa y había demostrado, desde mucho antes de ser papa, abierta hostilidad contra Carlos, á quien calificaba de protector de los cismáticos y de los herejes. Llegado al solio pontificio, empleó las armas espirituales y temporales contra Felipe, pero las empleó mal. Avido de gloria y dominado por el odio, tenía tanta más prisa por obrar cuanto que llegaba al pontificado cuando contaba cerca de ochenta años. En todas las cuestiones mostrábase más apa-

(2) Véase anteriormente, pág. 307.

(3) Jorge Duruy, *Le cardinal Carlo Caraffa* (tesis de la Facultad de París, 1882).

(1) Véanse las fuentes y las obras citadas en la pág. 325.

sionado que pensador y sus ideas no eran las de un político: «Es un hombre, decía Marillac, que no comprende la dirección de los asuntos de Estado sino en grande, como filósofo, como es decir que es preciso acometer la empresa de Nápoles por ser la cabeza de los Estados que el emperador tiene en Italia... que para no verse en la imposibilidad de obrar conviene tener considerables fuerzas en Alemania y en Toscana.» Cualquiera persona de buen sentido, añadía Marillac, encontrará todo esto oportuno; pero el papa se olvida de hablar de los medios de ejecución, que son lo esencial y lo difícil.

Carlos Caraffa, sobrino de Paulo IV, había nacido en 1517 ó en 1519, y apenas elegido papa su tío, fué nombrado cardenal en 1555. Debemos considerarle como uno de los últimos *condottieri* italianos, herederos de la audacia, de los talentos y de los vicios de los *condottieri* del siglo xv; ambicioso, agitado, terrible en sus odios, libre de todo escrúpulo, había cometido por lo menos dos asesinatos, lo cual no fué óbice para que llegara á ser omnipotente al lado de su tío, que, al principio, había tratado de renegar de él: «Todo lo abarca y engloba, escribía Marillac, sin que nadie se atreva á contradecirle, y finalmente quiere sacar para sí sólo el principal provecho del papa. Y los honores, unidos á las imperfecciones que por naturaleza tiene, como ser colérico, impaciente é incapaz de sufrir que nadie le contradiga, le permiten esperar... que habiendo ganado algo con su importunidad ó con su disimulo, podrá siempre ganar más.»

La personalidad de Enrique II como rey aparecía cada vez más eclipsada: ni el ejercicio del poder, que ocupaba desde hacía diez años, ni la edad habían fortalecido á aquel espíritu inconsistente, ni vigorizado aquel temperamento endeble. Dejaba que los acontecimientos siguieran su curso, vivía en su hogar, entre su esposa y su querida, que continuaban en buena inteligencia, y dividía el gobierno entre Montmorency y los Guisa, cuya rivalidad se encontraba de día en día.

El condestable tenía sobre sus adversarios la ventaja de dominar casi por completo á Enrique, á condición de vigilarlo incesantemente. Durante el sitio de Metz había ayudado muy poco á Guisa y aun pretendió por un instante quitarle una parte de las tropas de la guarnición; su mala voluntad apenas aparecía disimulada. De aquí que el duque escribiese al rey: «Y por más que diga y proteste el condestable, yo no me complaceré en otra cosa que en vuestro servicio... No puedo menos, Señor, de lamentarme de que me atormenten, ahora que me veo en la imposibilidad de reconstruir murallas, de traer aquí todas las cosas necesarias y requeridas para fortificarme contra el emperador, á quien espero aquí de un momento á otro.» Sin embargo, Francisco había dejado cerca del rey á su hermano el cardenal de Lorena, que era un excelente centinela.

Simón Renard escribe á Felipe II, en 1556, que aumenta el odio entre la casa de Guisa y Montmorency, odio cuyas fases y alternativas anota cuidadosamente; y en un momento en que el favor del condestable se halla comprometido, dice: «Advirtiendo á Vuestra Majestad como cierto que el condestable no hace ordenanza alguna en materia de hacienda que no sea apro-

bada y firmada por el dicho cardenal de Lorena, estando por este lado sujeto, por lo que circulan grandes rumores de que el dicho condestable se ha hecho una fortuna con la hacienda durante las últimas guerras; así ha adquirido bienes por trescientos mil escudos.»

Montmorency, en efecto, daba motivo á la murmuración con su avaricia ó con sus preocupaciones personales, á las que subordinaba la política. En 1556 estaba irritado en extremo por las dificultades que se oponían á que se pusiera en rescate á su hijo, hecho prisionero en Therouanne, y en 1557, á propósito de este mismo hijo, no se ocupará en otra cosa que en lograr el rompimiento de la boda concertada con la señorita de Piennes (1).

Por otra parte, había conseguido un primer triunfo haciendo que Francisco de Guisa, el vencedor de Metz, fuese destituido del mando del ejército real que él recobró en su calidad de condestable; pero esta casi desgracia había redundado en beneficio de su rival después de las humillantes campañas de 1553 y 1554, tanto más cuanto que Francisco de Guisa, que iba en el ejército como simple jefe de una compañía, se había cubierto de gloria en el combate de Renty, en donde tuvo la suerte de ser herido.

Los favoritos practicaban, al igual que los soberanos, la política de los matrimonios: el condestable casa á su hijo Francisco con Diana, hija legitimada de Enrique II, y posteriormente, en 1558, se negociará el casamiento de una nieta de la duquesa de Valentinois con Enrique de Amville (2). ¿Pero qué significa esto comparado con el triunfo de los Guisa que preparan y realizan, en abril de 1558, la boda de su sobrina María Estuardo con el delfín, que les aseguraba un presente y un porvenir brillantes? Y los Guisa, á medida que se encumbran, tienen cada vez mayores pretensiones: Francisco se atreverá á intentar desposeer al condestable de su cargo de Gran Maestre de la casa del rey, y si bien no logrará ver realizado tal propósito, su hermano, el cardenal de Lorena, hará en aquel mismo momento destituir del cargo de general de infantería á de Andelot, pariente de Montmorency, denunciando al rey su adhesión á la Reforma.

El rompimiento de la tregua de Vaucelles por parte de Francia fué, en gran parte, consecuencia de esta oposición de intereses privados. El condestable era partidario de la paz porque él la había hecho; en cambio los Guisa eran partidarios de la guerra porque la paz había sido concertada sin ellos. Además, comprendían los Guisa que el rey pensaba como ellos en este asunto. «Item, el rey de Francia es, por naturaleza, inclinado á la guerra y á la ambición, lo que merece notarse,» escribía Renard, el cual, sin embargo, señalaba las dificultades que se oponían á que Enrique II rompiera la paz: la nobleza, «pobre y arruinada por la continuación de las armas; el pueblo, tan agobiado que no tiene medio de respirar si no es por una larga abstinencia de guerra; la escasez de dinero en Francia.» Pero nada prevaleció sobre las pasiones de la corte y de partido.

También fueron grandes partidarios de la guerra los

(1) Véase anteriormente, pág. 327.

(2) Véase la nota 1.<sup>a</sup> de la pág. 327.

Caraffa que, por su calidad de napolitanos, odiaban á los españoles; además, el papa quería realizar altas empresas y su sobrino estimulaba sus pasiones en provecho de sus propias codicias. En junio de 1556, vino el cardenal á Francia con la dignidad de legado *a latere*, siendo recibido con grandes honores; y una vez aquí, se valió de todas sus astucias de italiano, explotó su autoridad de sacerdote y arrancó á Montmorency y al Consejo la promesa de una acción en Italia. El mismo Coligny, en un principio hostil á esta idea, acabó por dejarse conquistar y por protestar de su deseo de servir á la Santa Sede (1).

Francia, sin embargo, tenía muy pocos aliados en la península: en Nápoles, los Caraffa contaban con un partido, pero el de los españoles era más numeroso y más resuelto; Cosme de Médicis, en Florencia, seguía siendo adicto á España; y Venecia sostenía con firmeza su neutralidad gracias á la cual gozaba de seguridad y de prosperidad desde hacía cerca de treinta años. Contra Felipe se declararon únicamente la república de Siena, que desde la toma de la capital por los españoles se había reconstituido, aunque muy precariamente, en la ciudad de Montalcino, y el duque de Ferrara, cuya inútil alianza hubo de pagarse muy cara, puesto que exigió 100.000 escudos para aceptar el título de capitán de la liga en gestación, título cuyas funciones no tardó en traspasar á su yerno Francisco de Guisa. En cuanto al papa y al cardenal, habíanse reservado todas las ventajas en el tratado firmado con Enrique II, pues si bien Paulo IV prometía la investidura del Milanesado para el segundo hijo del rey, en cambio dejaba á Francia todas las cargas de la conquista, inclusa la de la defensa del territorio pontificio, facilitaba un ejército muy reducido y recibía grandes subsidios.

Enrique II buscó otras alianzas, pero con escaso éxito. Prosiguió sus negociaciones con los alemanes y á este propósito escribía en 1557 Fernando á su sobrino el rey de España: «He tenido buen cuidado hasta el presente de comunicar constantemente á Vuestra Alteza todos los manejos franceses en el Imperio... A pesar de todas estas precauciones, recibí ayer cartas en las que me informan de que los franceses, redoblando su astucia y su audacia, buscan apoyo en invenciones tan diabólicas, tan perjudiciales y tan peligrosas, que á menos de acudir con el más pronto remedio, puedo esperar ver á la Alemania sumida en tales dificultades que todos mis esfuerzos no lograrían sacarle de ellas.» Hablaba de la ayuda prestada á Enrique II por el elector palatino y decía que le constaba que el rey de Francia ganaba terreno; pero los alemanes no tenían ya el mismo interés que antes en solicitar una inteligencia con Francia, puesto que Fernando, reducido á las posesiones austriacas, era un emperador insignificante y se mostraba más moderado y conciliador que su hermano.

Poco éxito tuvieron las negociaciones con los turcos, que de día en día se alejaban más de Francia. Además, en Francia mismo formábase contra ellos ó contra la alianza un partido de oposición bastante enérgico. En la guerra de Metz, los turcos habían obrado por su

(1) H. Patry, *Coligny et la papauté en 1556-1557*, «Bulletin de la Soc. de l'hist. du protestantisme français,» 1902.

cuenta en Hungría y la toma de Trípoli en 1551 no había sido más que un episodio aislado; en 1552, el proyecto de una acción combinada de ambas flotas no había llegado á realizarse; en la guerra de 1557 figurarán poco los otomanos; y en 1558, el rey se quejaba de que «el ejército turco se hubiese retirado sin querer hacer ni emprender nada en servicio mío ni en bien de mis asuntos,» á pesar de las esperanzas que le había dado, y confesaba amargamente que los turcos se habían limitado á saqueos y hasta «se habían mofado de los grandes y suntuosos presentes que habían recibido en oro, plata y otras cosas,» y aun añadía que se sospechaba si estaban en connivencia con su adversario el rey de España. En cambio, los turcos hallábanse muy preocupados, á mediados de 1558, por las negociaciones entre Francia y España y tenían que ambas potencias se pusieran de acuerdo. Desde Francisco I habían cambiado las condiciones recíprocas.

La reanudación de la guerra por Enrique II era una falta gravísima, pues, aparte de que no existía para ella un motivo justificado ya que no había habido ningún acto de provocación por parte de España, aquella lucha comprometía una situación excelente, desde el momento en que Francia había conservado en Vaucelles todas sus conquistas, que era más conveniente consolidar que extender. Y esta extensión, los verdaderos autores de la política nueva la buscaban otra vez en Italia, precisamente cuando acababa de señalarse una dirección por el lado del Este. Por último, los partidarios de la guerra rompían las hostilidades casi sin aliados.

## II.—Guisa en Italia

Ya en mayo de 1556 escribía Simón Renard que todos los actos de los franceses demostraban su intención de reanudar la guerra y sus pocos deseos de vivir en paz con Felipe II.

Observaba sus manejos en Alemania y en Inglaterra y todas sus cartas están llenas de advertencias de este género; y ridiculizaba amargamente la «manera de proceder» del condestable, que trataba de substraerse á sus apremiantes demandas de explicación y «que hablaba entre dientes,» pero que no podía disimular que Francia se preparaba á defender al papa.

Este, en efecto, se entregaba cada vez más á demostraciones belicosas. El duque de Alba escribió en agosto de 1526 una carta muy enérgica, quejándose de sus «empresas,» y en septiembre rompió las hostilidades, se apoderó de Agnani y de Ostia, amenazó á Roma y obligó á Paulo IV, á pesar de haber sido apoyado por tropas francesas al mando de Strozzi y Montuc, á firmar en 19 de noviembre una tregua.

Poco después, á fines de diciembre, el duque de Guisa pasó los Alpes con un ejército de 12.000 infantes, 400 hombres de armas y 800 soldados de caballería ligera. El rey había declarado que puesto que el papa no había sido incluído en la tregua de Vaucelles, el acudir en su defensa no significaba el quebrantamiento de lo pactado; pero todo esto no era más que combinaciones diplomáticas convencionales cuya trama destruían brutalmente los acontecimientos.

Por lo demás, la guerra comenzó en realidad en el Norte de Francia, en donde, en la noche del 5 al 6 de

enero de 1557, Coligny intentó, aunque sin éxito, tomar por sorpresa Douai. «Redobla el tambor en todas las fronteras de Francia y de todas partes huyen los habitantes,» escribía el gobernador de Landrecies. Después hubo un período de calma hasta el 5 de abril, en que los españoles trataron de apoderarse de Rocroy, agresión a la cual contestó Coligny con la toma de Lens en 23 de mayo. La guerra había sido declarada oficialmente en 31 de enero de 1557.

En el entretanto, el modo como se llevaban los asuntos en Italia comprometía la causa francesa. Guisa no había querido concretarse a atacar el Milanesado, en donde habría combinado sus operaciones con el ejército del Piamonte, sino que había marchado sobre Roma con la idea de conquistar Nápoles para un hijo de Enrique II ó acaso para sí mismo. El papa y Caraffa, que de nuevo se habían alzado en armas en 1.º de enero de 1557, le llamaban con insistencia, temerosos de que Roma fuera sitiada; no se hablaba más que del sitio de 1527 y se recordaban con espanto los horrores del saqueo (1).

El duque de Guisa, una vez en Roma, se encontró desamparado en medio de las intrigas italianas y pontificias, de las que no tenía ninguna experiencia, y hubo de lamentarse de la mala fe del papa y de Caraffa que exigían de él una acción ofensiva, pero sin facilitarle el dinero ni las tropas que le habían prometido. En Roma estuvo un mes de paso y hasta el 5 de abril no se decidió a dirigirse hacia Nápoles; mas no pudo pasar siquiera de Civitella, cuyo sitio se vio obligado a levantar en 15 de mayo, y a partir de aquel momento hizo una campaña puramente defensiva hasta principios de agosto, fecha en la cual fué llamado a Francia por el condestable (2). El día 8 de septiembre, Paulo IV entró en tratos con el duque de Alba.

En Navarra, después de la muerte de Enrique de Albret, acaecida en 29 de mayo de 1555, habíase encargado del gobierno Antonio de Borbón en unión de su esposa Juana de Albret. Siendo como era príncipe francés de sangre real, lo extraño de su situación, que hacía al propio tiempo de él un soberano extranjero, obligóle a menudo a seguir una política antinacional. Pesaba sobre los Borbones una especie de fatalidad que no es sino la prolongación histórica, en pleno siglo XVI, del régimen de la Edad media en que los Estados no se hallaban formados todavía.

Durante las negociaciones que habían dado por resultado la tregua de Vaucelles, Antonio de Borbón había estado en tratos, por una parte con Enrique II, que le proponía la entrega de los dominios de Francia mediante la cesión de Navarra, y por otra con Carlos, quien le ofrecía la mano de una hija de Fernando para su hijo. Posteriormente Felipe II le propuso el Milanesado a cambio de las plazas de la Navarra francesa, en el preciso momento en que era oficialmente denunciada la tregua de Vaucelles, es decir, en enero de 1557. Las negociaciones, en las cuales intervino Carlos V, duraron hasta julio y dieron por resultado una invasión del

(1) Véase anteriormente, pág. 290.

(2) Decrue, *Montmorency*, tomo II, pág. 196, dice que el llamamiento es anterior al desastre de San Quintín y que simplemente tenía por objeto hacerle volver al Milanesado.

Bearne, que fué rápidamente rechazada; pero más adelante se rompieron, cuando Felipe II, vencedor en San Quintín, creyó que no tenía ya necesidad de un aliado en el Sur.

### III.—San Quintín y Calais

La suerte de la guerra se decidió en el Nordeste de Francia, no en Italia ni en ninguna otra parte.

Felipe II había conseguido el concurso de María Tudor, la cual declaró la guerra a Enrique II, en 1557 7 de junio de 1557, y había reunido en los Países Bajos más de sesenta mil hombres mandados por Manuel Filiberto de Saboya. Este, después de algunas aparentes vacilaciones que engañaron a sus adversarios, presentóse inesperadamente, en 2 de agosto, delante de la ciudad de San Quintín y comenzó el mismo día el ataque de la plaza (3).

San Quintín está situada, formando anfiteatro, en la orilla derecha del Somma y se prolonga en la orilla izquierda por el arrabal de Isle; hallábase rodeada de fortificaciones viejas, dominadas al Nordeste y al Sudoeste por varias alturas, y el río, antes de llegar a ella y más abajo, dividíase en varios brazos y presentaba sus orillas cubiertas de estanques pantanosos. La población, compuesta de 7 a 8.000 habitantes, era enérgica, pero harto escasa para defender una línea de una legua de circuito, y Coligny, que logró entrar en la plaza en la noche del 2 al 3 de agosto, no pudo llevar más que 300 infantes y a lo sumo 600 jinetes. Organizó el almirante la defensa con gran actividad, pero hubo de abandonar el arrabal de Isle y desde el primer día no confió, para resistir con éxito, más que en el auxilio del ejército real.

El condestable, que había tomado el mando de éste, instalóse al Sur de San Quintín, en la aldea de Essigny-le-Grand, desde donde se comunicaba con Coligny, pues la plaza sólo estaba cercada por el Norte y por el Este. El día 9 de agosto se propuso introducir en la ciudad tropas de refuerzo, atravesando el Somma y los pantanos situados río abajo, al Sudoeste. Para que el éxito coronara esta operación, bastaba ejecutarla resuelta y rápidamente, puesto que el grueso del ejército español estaba concentrado bastante lejos, río arriba, en el ángulo formado por las murallas, de una parte, y por el Somma, de otra; pero el condestable obró con torpeza é inexperiencia extraordinarias, disponiendo que a la cola de sus tropas fueran las barcas destinadas al paso del Somma y de los pantanos, con lo que perdió mucho tiempo, y limitándose a hacer vigilar por muy escasas fuerzas la orilla izquierda del río, más arriba de la ciudad.

El duque Filiberto, noticioso de las operaciones que con tanta lentitud se llevaban a cabo en el Sudoeste, hizo que su ejército pasara el río y mediante un gran movimiento envolvente lo lanzó luego en masa sobre las fuerzas del condestable, dispersas entre Essigny y San Quintín, vencíéndolas unas después de otras, casi sin combatir, y persiguiéndolas hasta cerca de las murallas

(3) *La guerre de 1557 en Picardie. Bataille de Saint-Laurent, siège de Saint-Quentin*, por E. Lemaire, E. Courteault, E. Fleury, E. Theillier, E. Eude, A. Patoux, L. Dejardin, II. Tausin (Informes y documentos), «Soc. acad. de Saint-Quentin,» 1896.

de La Fere. Fué aquello «una matanza» que duró cuatro ó cinco horas: los franceses tuvieron tres mil muertos, de cuatro a cinco mil heridos y seis mil prisioneros, entre ellos Montmorency, el mariscal de Saint-André, el duque de Longueville, el duque de Montpensier y el conde de La Rochefoucauld. Algunos días después, Ambrosio Paré vió el campo de batalla cubierto «de cuerpos muertos, destruidos por la podredumbre y desfigurados.» La culpa del desastre era enteramente del condestable.

A la noticia de aquella derrota hubo en Francia un momento de gran emoción y los cronistas é historiadores han dicho que si Manuel Filiberto y Felipe II, que fué a reunirse con el ejército español, hubiesen marchado sobre París, esta ciudad habría caído en su poder ó, por lo menos, habrían impuesto al rey una paz desastrosa. Ciertamente los vencedores perdieron algún tiempo sitiando hasta el mes de septiembre varias plazas pequeñas como Ham y el Catelet, y que disponiendo de 55.000 hombres los utilizaron poco; pero, aparte de que Enrique II tenía todavía tropas, las operaciones de la guerra en el siglo XVI estaban casi siempre dominadas por las cuestiones de aprovisionamientos. Ahora bien, Manuel Filiberto luchaba con grandes dificultades para alimentar a su ejército, y estas dificultades habían de aumentar necesariamente a medida que fuera avanzando por país enemigo; por otra parte, casi tanta escasez había de dinero como de víveres (1), y los soldados, mal pagados, eran de difícil manejo, y finalmente pareció imposible abandonar el sitio de San Quintín, que se llevó con mucha lentitud.

Coligny se portó admirablemente hasta el último instante: las fortificaciones hallábanse en mal estado, la guarnición era escasa y la población estaba desmoralizada por el fracaso del ejército real; y sin embargo, aun resistió el almirante quince días. El enemigo dirigía todos sus esfuerzos contra el Este y el Nordeste de la plaza: el 15 de agosto, una batería de cuarenta y seis cañones de grueso calibre amenazaba la muralla del Este, cuya defensa era imposible, y en la ciudad comenzaban a faltar los víveres y ya había quien hablaba de rendición. Coligny expulsó en 21 de agosto a quinientos ó seiscientos infelices, mujeres y ancianos, que, rechazados por el enemigo, vagaron desesperadamente por los fosos; según parece, desconfió, como suelen todos los militares, de la población civil, pero tales desconfianzas eran injustificadas, porque muchos habitantes de San Quintín, y al frente de ellos el alcalde Varlet de Gibercourt, se portaron bizarramente.

El día 25 de agosto las tropas de Felipe II se habían apoderado del foso del Este, y el 26 habíanse abierto once brechas en las murallas; y cuando el 27 decidió Manuel Filiberto dar el asalto, San Quintín fué tomada como por sorpresa: un capitán español que forzó una de las brechas, acometió por la espalda a los defensores, y habiendo éstos cedido, la ciudad se vió en pocos momentos invadida por los asaltantes. Coligny se rindió mientras los españoles se diseminaban por todas partes y se entregaban al saqueo, al incendio y á

la matanza, reproduciéndose allí las escenas horribles de las tomas de plazas y quedando San Quintín completamente arruinada en pocas horas, á pesar de los esfuerzos que hizo Felipe II para evitarlo.

Enrique II, que se mostró injusto con los habitantes y con Coligny, puesto que pretendió que San Quintín había sido débilmente defendida, había tenido, por lo menos, tiempo para reunir tropas, recibir soldados suizos y convocar á los nobles de los feudos y de los retrofeudos; y Francisco de Guisa, que regresaba de Italia á toda prisa, se aproximaba. París, cuyos habitantes habían comenzado á huir en 12 de agosto, había votado 300.000 libras y púestose en estado de defensa: «La ventaja que sobre mí han logrado mis enemigos, escribía el rey, no es tan grande que no tenga yo esperanzas de tomar pronto desquite de ella, con la ayuda de Dios.» Sin embargo, este desquite se hizo esperar, pues todavía en octubre Felipe II tomó Noyón, plaza que fué incendiada con tal furor que ni una sola casa quedó en pie; pero á fines del mismo mes el monarca español tenía enfrente un ejército de más de cincuenta mil hombres al mando de Guisa, y al mismo tiempo Manuel Filiberto no cesaba de pedirle dinero para pagar á sus soldados. «Estoy en un estado tal, decía, que no sé qué hacer.» En noviembre licenció su ejército.

Cuando Francisco de Guisa llegó á Saint-Germain, en 6 de octubre, encontró el campo libre: el condestable y los más elevados señores de Francia, prisioneros; el partido de Montmorency, abatido por la terrible prueba de incapacidad militar de su jefe; y la misma personalidad de Coligny, muy discutida. El desastre de San Quintín había hecho olvidar el lastimoso fracaso de la campaña de Nápoles; Francisco de Guisa era el hombre necesario y el rey se apresuró á nombrarle teniente general del reino, lo que ponía á su merced á todo el ejército, jefes y soldados.

El incidente de Boloña, perdida y á poco recobrada (2), había hecho que la atención se fijara en Calais, que hacía doscientos años estaba en poder de los ingleses, y que se agitara la idea de reconquistar aquella ciudad, tan francesa. Brantome afirma que Coligny fué «el primer inventor de esta empresa,» que había hecho reconocer en 1556 las inmediaciones de la plaza y que había formado todos los planes de ataque; y añade que en 1557 el mismo rey fué quien obligó á Francisco de Guisa á intentar la expedición y que éste se resistió á ello durante mucho tiempo, ora porque comprendiese que era imposible, ora porque quisiera atribuirse mayor gloria en caso de un éxito atortunado (3). De todos modos, el de Guisa tuvo cuando menos el mérito de la ejecución. Calais estaba rodeada de arenas casi movedizas y de vastos pantanos, y en invierno el mar inundaba todos sus alrededores, dejando únicamente accesible una avenida protegida por diques y defendida, en su entrada, por dos fuertes; pero precisamente porque consideraba la ciudad como inexpugnable, el

(2) Véase anteriormente, pág. 333.

(1) En 26 de junio ya no había en Bruselas más que 1.800 florines disponibles; en 19 de julio, Felipe II pedía dinero, costara lo que costase, y declaraba que sus soldados se morían de hambre.

(3) Véase Delaborde, *Gaspard de Coligny*, t. I, pág. 320, 321. De la Place (*Commentaires de l'estat de la religion...*) pretende que el mérito de la empresa corresponde á Enrique II y que Montmorency había pensado en ella.